

DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 55, 10-11): *La palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía.*

Salmo (64, 10abcd.10e-11.12-1313.14): *«La tierra cayó en tierra buena y dio fruto»*

2ª lectura (Romanos 8, 18-23): *Toda la creación está gimiendo.*

Evangelio (Mateo 13, 1-23): *Al que tiene se le dará y tendrá de sobra.*

Hay dos formas de acercarse a la realidad: o bien lo hacemos con un criterio científico que solo acepta como real lo que puede ser verificado y, por tanto, controlado; o bien, lo hacemos con un criterio de confianza que no controla, pero que se fía. Valga como ejemplo la experiencia del amor interpersonal o el amor con Dios. El conocimiento que nos da el amor de las otras personas es real, pero no se puede ni verificar ni controlar.

El capítulo 13 de san Mateo recoge un conjunto de parábolas sobre el Reino de Dios que Él viene a proclamar y a significarlo con signos (curaciones, liberación de endemoniados, reavivación de cadáveres, etc.). La mayor parte de las corrientes judías acerca de la intervención definitiva de Dios (anunciada especialmente por los profetas postexílicos) coincidían en que esa intervención de Dios sería de forma espectacular, de tal manera que los justos serían salvados y los no justos serían castigados. Sin embargo, la primera de las parábolas ya deja entrever cuál es la decisión de Dios de intervenir en la historia y de qué forma lo quiere hacer: como la semilla que crece de dentro hacia afuera y desde abajo hacia arriba de la historia humana. Así es el amor que transforma los corazones que confían en la misión que les ha sido encomendada.

Seamos conscientes de que nos cuesta creer en la misión que se nos ha encomendado porque no vemos los resultados con rapidez. Y de este pecado participamos laicos y clérigos. Los laicos abandonan diciendo que el mundo necesita cambios rápidos; los clérigos confunden la misión con los encargos de la jerarquía. Pero a todos nos cuesta creer que la misión depende de nuestra fe en la Palabra de Dios que nos explicita cómo es el estilo de Dios: paciente, respetuoso con la libertad del ser humano y gratuito.

En la vida ordinaria, quien es limpio de corazón empieza a captar el estilo de Dios que pide libertad antes que conseguir objetivos; que pide transformación del corazón y de la sociedad antes que frutos. Quien tiene el corazón embotado con racionalizaciones o entretenido en otros amoríos, mirará sin ver y oír con los oídos sin entender. Pidamos al Señor, que nos conceda captar su forma de amar, única que es fecunda, para cumplir la misión que nos ha encomendado de sembrar su semilla en el mundo.

Los seres humanos hemos habitado en cuevas reales o artificiales. Necesitamos tener siempre un techo que nos cobije, unas paredes que nos resguarden, un espacio donde dormir, comer, compartir con los nuestros y guardar nuestras cosas. No todos tenemos un sentido igual del orden, de lo útil, de lo bello, de lo necesario, de lo conveniente..., en una palabra, de la manera de arreglar nuestra casa.

Pues bien, quizás para sorpresa nuestra, todos tenemos una casa común, Dios nos la ha construido. En la Biblia se le suele llamar “*la creación*”. Dios como un gran constructor fue poniendo orden en el caos. Empezó por crear la luz y, pasando por todo lo demás: seres sin vida y seres vivos, plantas y animales, culminó su obra con aquellos a quienes les encomendó el cuidado de esa casa: los seres humanos, el varón y la mujer. Ambos creados por Dios con igual dignidad y ambos responsables de la casa que les entrega.

Somos personas que estamos de paso en esta casa que Dios ha hecho para todos. En esta creación, cada uno de los seres que la habitamos es Palabra única de Dios: «*Dios dijo...*» y las cosas vinieron a la existencia. Cada ser animado o inanimado es una Palabra de Dios. Oímos a Dios cuando nos damos el tiempo para contemplar la creación. Cuando la miramos, cuando la escuchamos, cuando la olemos, cuando la saboreamos, cuando la tocamos..., cuando hacemos todo eso con un corazón creyente, vamos entrando en comunión con Aquel que le dio el ser y la sostiene en la existencia. Busquemos aliviar algunos de los sufrimientos que los seres, inhumanamente les hemos infringido a esta creación o al menos dejar a las venideras generaciones un mundo mejor de como lo encontramos.

La Palabra de Dios es eficaz y no vuelve a Él vacía, sin resultado, sino que hace su voluntad y cumple su misión, nos dice Isaías hoy en la primera lectura. Y para ayudarnos a comprender esto, nos invita a mirar cómo la lluvia y la nieve empapan la tierra y contribuyen a hacerla fecunda y a hacer germinar la semilla. De ahí obtiene el ser humano su alimento: “*fruto de la tierra y del trabajo del hombre*”, como decimos en la liturgia al presentar nuestros dones.

También Jesús nos habla del Reino tomando comparaciones de la vida de la gente. De gente que conoce la creación y la trata de entender. De gente que siembra con la esperanza de cosechar y que, aunque sabe bien que no toda la simiente llegará a producir los frutos anhelados, desea y quiere lo que ocurre en otras ocasiones, que llegue a producir más de lo esperado. La parábola es muy elocuente, y vale la pena detenerse a meditar sobre ella y fijarnos en que a través de las cosas de la creación Jesús nos ayuda a comprender los misterios del Reino de su Padre.